

Adicciones y narcisismo

*Mario Campuzano**

Sobre el concepto de narcisismo en Freud y el Yo Ideal

Dos problemas centrales existen respecto a la conceptualización que Freud hiciera del narcisismo: en primer lugar, que utilizó dos definiciones distintas, una de carácter evolutivo psicosexual como fase intermedia entre el autoerotismo y el amor objetal, y otra de carácter estructural como permanencia de una catexis libidinal en el Yo, que ninguna catexis de objeto elimina; en segundo lugar, en la definición evolutiva, la existencia hipotética de un narcisismo primario anobjetal contrapuesto al narcisismo secundario simultáneo a la formación del Yo por identificación con otros.

La existencia de la fase de *narcisismo primario* se vuelve muy problemática al considerarse estrictamente anobjetal, ya que el Yo y el narcisismo secundario se construyen a partir de los otros tomados como modelos identificatorios. Por eso algunos autores posteriores a Freud encuentran ese narcisismo primario en la relación entre la madre y el hijo. Racamier (1989) afirma: "Después de todo la seducción narcisista no está solamente en la fantasía. Está en la interacción. Pasa por el cuerpo. Sus instrumentos: la mirada y el contacto cutáneo". Piera Alaugnier (1975) formaliza esta idea interaccional en su concepción del contrato narcisista que, resumido y simplificado por Kaes (1987), queda enunciado así: "... El contrato narcisista generaliza estas propuestas y explica, en este aspecto, relaciones correlativas del individuo y el conjunto social: cada recién nacido llegado tiene que cargar al conjunto como portador de la continuidad y, recíprocamente, con esta condición, el conjunto sostiene un lugar para el elemento nuevo". Así, de la unidad madre-niño surgirán, más tarde, el Yo, el objeto y el narcisismo secundario. Este *narcisismo secundario* es el que define la autoestima, la valoración de uno mismo, a veces razonablemente objetiva, a veces distorsionada en los extremos del déficit o la grandiosidad narcisistas. En este trabajo, cuando

hablemos de narcisismo nos estaremos refiriendo siempre al narcisismo secundario, donde el Yo ya se ha diferenciado del objeto (cuando menos parcialmente) y ha podido ser investido libidinalmente.

En el plano económico, las catexis de objeto no suprimen las catexis del Yo, sino que se produce un verdadero equilibrio energético entre esos dos tipos de catexis (Laplanche y Pontalis, 1968), una coexistencia entre el amor a sí mismo y el amor a los demás, que puede tener énfasis variables entre ambos polos.

En el plano tópico, se liga el narcisismo infantil a una estructura o subestructura del aparato psíquico que es el *Ideal del yo*, formación narcisista de carácter permanente que, desde el interior del aparato psíquico, marca los modelos familiares y sociales de aspiraciones y exigencias ideales, de ideales a alcanzar y, por ende, se convierte en el regulador de los sentimientos de autoestima y sus vicisitudes. Freud introdujo también el término de *Yo ideal*, aunque nunca abordó una diferenciación sistemática entre el *Yo ideal* y el *Ideal del yo*. Algunos autores postfreudianos, como Numberg y Lagache, han tomado esta tarea, estableciendo al *Yo ideal* como una formación genéticamente anterior al *Superyo* —que es heredero del Edipo, del complejo de castración. Lagache (1958) lo define así: “El yo ideal, concebido como un ideal narcisista de omnipotencia, no se reduce a la unión del yo con el ello, sino que implica una identificación primaria con otro ser, cargado con la omnipotencia, es decir, la madre”. Según este autor el *Yo ideal* sirve de apoyo a las identificaciones heroicas, que son las identificaciones con personajes excepcionales y prestigiosos.

El ideal del Yo

Chasseguet-Smirgel (1975) ha investigado, con constancia y profundidad, la importancia del *Ideal del yo* en la evolución humana y las relaciones entre narcisismo e *Ideal del yo*. No utiliza la oposición *Yo ideal-Ideal del yo*, sino que considera al primero como la formación primitiva, narcisista, del *Ideal del yo*, que es la culminación edípica del proceso de idealización. Ella considera —siguiendo a Freud— al *Ideal del yo* como el heredero del narcisismo primario, es decir, el heredero de la ilusión infantil de omnipotencia, acompañada de sentimientos de dicha con tintes maníacos o beatíficos y ligado a la fusión con la madre. Precisamente la separación de la madre afecta la autoestima y causa sentimientos de inferioridad al evidenciarle al niño su debilidad y su dependencia de los cuidadores externos y a partir de ese momento se abre una brecha entre el *Yo* y el *Ideal del yo* que dura toda la vida, así como el esfuerzo de los seres humanos para reducir o acabar con esa brecha. De ahí que las vicisitudes del *Ideal del yo* —ya sean de tipo regresivo, o relacionados a las adquisiciones del desarrollo— impliquen siempre los diferentes modos o intentos de reconquista del narcisismo perdido, inalcanzable como unión perfecta, en ese sentido siempre insatisfecho pero siempre anhelado, vislumbrado en algo cercano a la completud original sólo en momentos como el orgasmo,

el enamoramiento... o la intoxicación con drogas. Este anhelo narcisista de unión primordial, de retorno al seno materno —paraíso perdido—, pasa a influir, a matizar, las pulsiones básicas, sobre todo la libidinal.

Sobre la culminación de su proceso evolutivo escribe esta autora: “Sabemos que el narcisismo ‘proyectado frente a sí’, y que forma precisamente el ideal del yo, pasará después a investir otros objetos y, en el caso del varón, recaerá sobre la figura paterna en el momento del Edipo, [...] el padre [...] pasa a ser su modelo o, dicho de otro modo: su proyecto de identificación”. Y destaca: “en mi opinión, los tropiezos de esta evolución del ideal del yo nos permiten comprender mejor las relaciones del ideal yo con el desarrollo general del individuo”.

Cuando las cosas marchan bien se continuará por el camino largo y difícil de la maduración y el desarrollo, el camino de volverse adulto, que implica luchar contra las adversidades del ambiente para aceptarlo y ubicarse en él, sin negar la separación original sino superándola en nuevas y maduras relaciones de objeto donde se acepte la dependencia recíproca entre hombres y mujeres, las limitaciones del individuo y las prohibiciones paternas, así como la identificación y reelaboración individual de los ideales y normas sociales.

Pero también la añoranza de recuperar la experiencia de completud y omnipotencia originales puede llevar al atajo del Nirvana, a la vía corta de las ilusiones narcisistas presentes en ciertos grupos de ideología preedípica o en el estado de intoxicación con drogas psicotrópicas, “situaciones que parecen tener por finalidad el remover por medios no psicóticos el doloroso límite que la realidad viene a oponer al deseo de expansión infinita del hombre”.

Narcisismo y sociedad

El *Superyo* y el *Ideal del yo*, al implicar la internalización de normas e ideales familiares y sociales, se convierten en instancias psíquicas intermediarias entre lo individual y lo colectivo.

Weber en su libro sobre la ideología protestante señalaba la idoneidad de dicha ideología —que estimula valores como la austeridad, el trabajo, el ahorro y el individualismo— para funcionar en el capitalismo naciente y, podríamos agregar con Schneider, para proponer y estimular como modelo dominante el del carácter neurótico obsesivo.

Guinsberg (1994) señala cómo cada marco social e histórico concreto determina y/o influye en las características también concretas de los modelos de subjetividad predominantes.

Y en esta etapa de capitalismo avanzado, que en lo económico se caracteriza por el neoliberalismo y la globalización y en lo cultural por el postmodernismo, los modelos de subjetividad que se estimulan son de tipo preedípico: el carácter fronterizo y el carácter narcisista, formando los primeros el conglomerado poblacional más numeroso de personalidades dependientes, inmaduras y manipulables y el segundo la de líderes manipuladores y explotadores de los otros. En lo que respecta a la sociedad el énfasis ideológico y propagandístico

ha pasado de la productividad al consumo. El mercado es el dominante y su dictadura tiene como prototipo la fugacidad de la moda. Ahora no se promueve la austeridad sino el consumo hedonista.

Psicopatología narcisista y adicciones

Las drogas psicotrópicas, incluido el alcohol, se vuelven doblemente funcionales en este contexto: a la industria legal e ilegal que las produce y comercializa le genera enormes ganancias, y a los usuarios les permite una satisfacción hedonista de corte profundamente narcisista, el reencuentro ilusorio con la completud originaria y sus afectos beatíficos o maníacos. He oído a varios consejeros en adicciones que al describir a los familiares la relación del adicto con sus drogas les dicen: “está muy enamorado de sus drogas”. La relación entre el adicto y sus drogas se asemeja a la de las parejas, con su efecto ilusorio de recuperación de la unicidad perdida. En muchos casos de jóvenes, al efecto farmacológico y psicológico individual, se agrega el efecto ilusorio del grupo preedípico, la pandilla de adictos, que permite mantener una identidad vicariante diádica, donde la identidad individual —no diferenciada— cabalga sobre el grupo —sustituto de la relación dependiente con la madre: “soy, me defino, en función y a través del grupo”, en una “socialidad sincrética” (Bleger, 1971) expresión del fracaso en la triangulación edípica y manifestación de las dificultades para alcanzar la individuación adulta.

En el pasado se buscó un carácter o personalidad adictiva que diera una base psicopatológica común a todos los afectados por el uso crónico de drogas psicotrópicas. Hoy sabemos que eso no existe, y que cuanto más difundidas y asequibles son las drogas, más se aprecia que puede asentarse su uso crónico sobre cualquier tipo de carácter, tanto preedípico como edípico. Pero también es visible que la reiteración de la búsqueda hedonista en las drogas, que promueve la experiencia narcisista que ya describimos, favorece el desarrollo de caracteres narcisistas preedípicos o de acentuados rasgos narcisistas en todo tipo de caracteres.

El aislamiento narcisista del adicto con su droga se vuelve, así, una de las configuraciones defensivas que más frecuentemente se encuentra en la práctica clínica. Las familias suelen quejarse de que sus miembros adictos “ni los ven, ni los oyen”, viven en un mundo aparte, y permanecen aislados ahí aunque coexistan en el mismo ámbito que la familia. Naturalmente, el desmontaje de dicha organización es requisito indispensable en todo proceso psicoterapéutico que busque la recuperación del adicto.

También he podido observar que algunas de las recaídas en el proceso de recuperación de los adictos tienen que ver con mecanismos narcisistas.

En un paciente que recuerdo, sus dos recaídas se presentaron al terminar sus estudios profesionales, que había emprendido después de su proceso de recuperación tras el internamiento en una clínica de adicciones, y al regresar de una junta internacional de grupos de autoayuda donde había tenido especial éxito en sus presentaciones. Freud describió un mecanismo

psicodinámico que llamó "de fracaso frente al éxito" y que correlacionaba, en sus casos clínicos, con un intenso sentimiento de culpa inconsciente. Este caso que describo tiene esas características "de fracaso frente al éxito", pero su psicodinamia no correlaciona con la culpa superyoica sino con la omnipotencia del narcisismo infantil: "otros no podrán, pero yo sí puedo tomarme unas cervezas o inhalar unas rayas de cocaína, sin recaer en la adicción". Postura fracasada al poco tiempo por la reinstalación del círculo adictivo. Un colega con problemas de alcoholismo y muchos años de abstinencia decía a este propósito: "yo tengo que ir periódicamente a alcohólicos anónimos para que con los testimonios de mis compañeros recuerde lo mal que me iría si vuelvo a tomar, ya que sin ese recordatorio me ganaría la omnipotencia y volvería a empezar".

Para controlar el círculo adictivo hay que tener muy en cuenta a los mecanismos narcisistas y, en especial, a la omnipotencia infantil.

Nota

*Médico, psiquiatra, psicoanalista. Excoordinador del Instituto de Enseñanza de la Asociación Mexicana de Psicoterapia Analítica de Grupo (AMPAG). Exsubdirector Nacional de los Centros de Integración Juvenil (CIJ). E-mail: campuza@prodigy.net.mx

Bibliografía

1. Laugnier, Piera (1975), *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1977.
2. Bleger, José (1971), "El grupo como institución y el grupo en las instituciones", en *Temas de psicología. Entrevista y grupos*, Buenos Aires, Nueva Visión.
3. Chasseguet-Smirgel, Janine (1975), *El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la "enfermedad de idealidad"*, Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
4. Guinsberg, Enrique (1994), "El psicoanálisis y el malestar en la cultura neoliberal", en *Subjetividad y Cultura*, núm. 3, octubre, México.
5. Kaes, René (1987), "Los organizadores psíquicos del grupo", en *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, XII (3-4): 35-56, 1989, Buenos Aires.
6. Lagache, D. (1958), *El psicoanálisis y la estructura de la personalidad*, en: Laplanche y Pontalis (1968), *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1979.
7. Laplanche, J. Y J.B. Pontalis, (1968), *Diccionario de psicoanálisis*, Barcelona, Labor, 1979.
8. Racamier, P. C. (1989), *Antiedipe et ses destins*, París Apsygée Éditions.

más artículos en: www.infoadicciones.net